

haya superflua, y ninguna que no sea necesaria. Dió tambien ella á todas las bestias sentido y apetito, para que con lo uno se esforzasen á buscar su mantenimiento, y con lo otro supiesen hacer diferencia entre las cosas saludables y dañosas. Y entre ellas unas hay que buscan su mantenimiento andando, otras rastrando por tierra, otras volando, otras nadando: entre las cuales unas toman el manjar con los dientes y con la boca, otras lo despedazan con las uñas, otras con los picos revueltos, otras maman, otras toman el manjar con la mano, otras lo engullen así como está entero, y otras lo mascan con los dientes. Todas tambien tienen sus lugares naturales adonde corren. Y así cuando á la gallina echan los huevos de patos para que los saque, despues de salidos á luz y criados, ellos mismos sin maestro se van derechos al agua, reconociendo ser este su lugar natural. Tan grande es la inclinacion que la naturaleza dió á todas las cosas para procurar su conservacion.

Muchas otras cosas pudiera traer á este propósito, y muchas dellas son muy notorias, como es ver con cuánta diligencia miran por sí los animales, cómo estando pacienciendo miran al derredor, si hay algun peligro, y cómo se escondan y guarezcan en sus madrigueras, y con cuánta diligencia se defienden y arman contra el temor y fuerza de sus contrarios, unos con cuernos como los toros, otros con dientes como los jabalies, otros mordiendo como los leones, unos huyendo, y otros escondiéndose, y otros con un intolerable hedor que echan de sí para detener sus perseguidores. Estas y otras semejantes habilidades refiere Tulio de los animales, los cuales careciendo de razon, hacen las cosas tan á propósito de lo que conviene para su conservacion y defension, como si realmente la tuvieran.

Pues arguyen agora los filósofos así: todos estos animales carecen de razon (porque en sola esta se diferencian ellos del hombre y el hombre dellos), y con todo eso hacen todas las cosas que pertenecen á su conservacion tan perfectamente como si la tuviesen: luego necesariamente tenemos de confesar que hay una razon universal, y una perfectísima sabiduría, que de tal manera asiste á todos ellos, y de tal manera los rige y gobierna, que hagan lo mismo que harian si tuviesen razon. Porque por el mismo caso que el Criador los formó y quiso que fuesen y viviesen, estaba claro que les había de dar todo lo necesario para conservar sus vidas; porque de otra manera, de balde y sin propósito los criara. Si viésemos un niño de edad de tres años, que hablase con tanta discrecion y elocuencia como un grande orador, luego diriamos: otro habla en este niño; porque esta edad no es capaz de tanta elocuencia y discrecion. Pues como vemos que todas las criaturas que carecen de razon, hagan todas sus obras conforme á razon (que es todo lo que conviene para su conservacion), necesariamente tenemos de confesar que hay esta razon universal, y esta summa sabiduría: la cual sin darles razon, les dió inclinaciones y instintos naturales, para que lo que en los hombres hace la razon, hiciese en ellas la inclinacion. Y esto advirtieron claramente los filósofos, los cuales dicen que las obras de naturaleza son obras de una inteligencia que no yerra. Queriendo decir son obras de una summa sabiduría, que hace sus obras con tanta perfeccion que ningun defecto se pueda hallar en ellas. Esta consideracion que nasce de las criaturas, movió á Sant Augustín á decir que mas fácilmente du-

daria si tenia ánima en su cuerpo, que dudar si hay Dios en este mundo, por razon del testimonio que desta primera verdad nos dan las cosas criadas.

Estas tres postreras consideraciones que aquí habemos tocado, tienen necesidad de mas larga declaracion. Y aunque lo dicho bastara para lo que pide la resolucion y brevedad desta introduccion, mas porque mi intencion es (como ya dije) dar materia de suavísima consideracion á las personas virtuosas, volverémos á tratar estas tres consideraciones mas copiosamente. En lo cual imitando aquellos dos sanctos doctores que dijimos, Sant Ambrosio y Sant Basilio, tratarémos de las obras de los seis dias, en que Dios nuestro Señor crió todas las cosas, para que por ellas levantemos los corazones al conocimiento de la bondad, y sabiduría, y omnipotencia, y providencia del que las crió para la provision de nuestro cuerpo, y para el ejercicio y levantamiento de nuestro espíritu. Para lo cual antiguamente ordenó la guarda del sábado (*m*), en el cual se escribe haber Dios descansado de la obra de la creacion (*n*), para que empleasen los hombres este dia en la consideracion de las obras que en los primeros seis dias habia obrado, y le diesen gracias por ellas; pues todas eran beneficios suyos.

Pues conforme á esto tratarémos primero del mundo, y de las principales partes dél, que son cielos y elementos; y despues descenderémos á tratar en particular de todos los cuerpos que tienen vida, como son las plantas y los animales, y al cabo tratarémos del hombre, que en el sexto y postrero dia fué criado. Y porque el cristiano lector se aproveche mejor desta doctrina conociendo el blanco á que toda ella tira, sepa que mi intento no es solamente declarar cómo hay un Dios Criador y Señor de todas las cosas (conforme á lo que al principio propuse), sino mucho mas declarar la providencia divina que resplandece en todas sus criaturas, y las perfecciones que andan juntas con ella.

Para lo cual es de saber que entre estas perfecciones tres son las mas celebradas, que son la bondad, la sabiduría, y la omnipotencia: que son los tres dedos de que Esaiás dice (*o*) que está colgada la redondez de la tierra. Destas tres perfecciones (que en él son una misma cosa) la bondad es la que quiere hacer bien á sus criaturas, y la sabiduría ordena y traza cómo se haya esto de hacer, y la omnipotencia ejecuta y pone por obra lo que la bondad quiere, y la sabiduría ordena. Pues estas tres cosas incluye la divina Providencia, la cual con un piadoso y paternal cuidado y summo artificio provee á todas las cosas de lo que les es necesario.

Es pues agora mi intento, mostrar cómo en todas las partes, así mayores como menores deste mundo, hasta en el mosquito y la hormiga, resplandescen estas cuatro perfecciones divinas, y otras muchas con ellas. Mas cuán grande sea el fructo desta consideracion, por esta razon se podrá en alguna manera entender. David (*p*) llama bienaventurados á los que escudriñan las palabras de Dios: pues no ménos los serán los que escudriñan sus obras, cuales son no solo las de gracia, sino tambien las de naturaleza; pues todas manan de una misma fuente. Y si la sabiduría (*q*) increada promete la vida eterna á los que la esclarecieren, ¿qué otra cosa tentamos hacer aquí, sino mostrar el artificio desta summa sabiduría, que

(*m*) Exod. 20. (*n*) Gen. 2. (*o*) Esai. 40. (*p*) Psal. 118. (*q*) Ecl. 24.

en todas las cosas criadas resplandescen? Gran parte de la facultad oratoria es, saber notar el artificio de que usa un grande orador en sus oraciones, y no se precia poco Sant Augustín (*r*) de haber sabido hacer esto en algunos lugares de Sant Pablo. Pues ¿cuánto mejor estudio será inquirir y notar el artificio admirable de la divina sabiduría en la fábrica y gobierno de todas las cosas criadas? Y si de la reina Sabá se escribe (*s*) que desfallecia su espíritu considerando la sabiduría de Salomon, y las obras que con ella habia fabricado, ¿cuánto mas desfallecerá el espíritu devoto, considerando el artificio de las obras de aquella incomprehensible sabiduría, si supiere penetrar el arte y el consejo con que son hechas? Pues esto es lo que con el favor divino pretendemos hacer en este libro. ¿Mas para qué efecto? Para que conociendo en las obras criadas aquellas cuatro perfecciones divinas, que dijimos, se mueva nuestro espíritu al amor de tan gran bondad, y al temor y obediencia de tan grande magestad, y á la esperanza en tan paternal cuidado y providencia, y á la admiracion de tan gran poder y sabiduría como en todas estas obras resplandescen. Esté es pues el fin adonde tira toda esta doctrina, y adonde ha de enderezar su intencion el piadoso lector, para que así pueda alcanzar estas virtudes susodichas, en las cuales consiste todo nuestro bien. Presupuesto pues agora este principio, comenzarémos á tratar de las principales partes del mundo.

CAPITULO IV.

Consideracion del mundo mayor, y de sus partes mas principales.

Comenzando pues por la declaracion de la primera destas tres partes (que es del mundo mayor), la primera cosa y como fundamento de lo que habemos de presuponer, es que cuando aquel magnificentísimo y soberano Señor por su sola bondad determinó criar al hombre en este mundo en el tiempo que á él le plugo (para que conociendo y amando, y obedeciendo á su Criador, mereciese alcanzar la vida y bienaventuranza del otro), determinó tambien de proveerle de mantenimiento y de todo lo necesario para la conservacion de su vida. Pues para esto crió este mundo visible con todas cuantas cosas hay en él, las cuales todas vemos que sirven al uso y necesidades de la vida humana.

Y así como en cualquier oficina ha de haber dos cosas, conviene á saber, materia de que se hagan las cosas, y oficial que las haga y introduzca la forma en la materia, como lo hace el carpintero y cualquier otro oficial: así proveyó el Criador que en esta grande oficina del mundo hubiese estas dos cosas, que son materia de que las cosas se hiciesen, y oficiales que las hiciesen. La materia de que todas las cosas se hacen, son los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego. Los oficiales que desta materia fabrican todas las cosas, son los cielos con sus planetas y estrellas. Porque dado caso que Dios sea la primera causa que mueve todas las otras causas, pero estos cuerpos con las inteligencias que los mueven son los principales instrumentos de que él se sirve para el gobierno deste mundo inferior, el cual de tal manera pende del movimiento de los cielos, que vienen á decir los filósofos, que si este movimiento parase, todo otro movimiento cesaria de tal manera, que no quemaria el fuego un poco de estopa que hallase á par de sí. Porque así como parando la primera rueda de un reloj, luego todas las otras para-

(*r*) Aug. lib. 4 de Doctr. christiana, cap. 7. (*s*) 5. Reg. 10.

rian: así cesando el movimiento de los cielos (del cual todos los otros movimientos penden) luego ellos tambien cesarian.

Y porque estos cuerpos celestiales son los primeros instrumentos del primer movedor, que es Dios, y tienen tan principal oficio en este mundo, que es ser causa eficiente de todo lo corporal, los aventajó y ennoblecó el Criador con grandes preeminencias sobre todos los otros cuerpos.

I. Porque primeramente hízolos incorruptibles e impasibles, con estar siempre en continuo movimiento, y junto á la esfera del fuego. De modo que á cabo de tantos mil años como ha que fueron criados, perseveran en la misma entereza y hermosura que tuvieron el dia que fueron criados; sin que el tiempo, gastador de todas las cosas, haya menoscabado algo dellos.

II. Dióles tambien lumbre, no solo para ornamento del mundo (sin la cual todas las cosas estarian oscuras y tristes y sumidas en el abismo de las tinieblas), sino tambien para el uso de la vida humana; y, como dice el Salmo (*a*), el sol crió para dar lumbre de dia, y la luna para la noche. Y porque ella tambien se ausenta de nuestro hemisferio, crió las estrellas en su lugar, porque nunca el mundo careciese de luz.

III. Dióles tambien tanta constancia en sus movimientos, que dende que los crió, nunca han variado un punto de aquella regla y orden que al principio les puso. Siempre el sol sale á su hora, siempre hace con su movimiento los cuatro tiempos del año, y lo mismo hacen todos los otros planetas y estrellas. De donde procede que los que conocen la orden destos movimientos, pronostican de ahí á muchos años los eclipses del sol y de la luna, sin faltar un punto, por ser tan regulares y ordenados estos movimientos. Por cuyo ejemplo aprenderán todos los que en la Iglesia, ó en la república cristiana tienen lugar y oficio de cielos y de estrellas (que es de gobernar y regir los otros), cuán regulados y ordenados, y cuán constantes han de ser en sus vidas y oficios, para que en los que están á su cargo no haya desorden, si en los que los rigen la hubiere. Porque si la lumbre que ha de esclarecer las tinieblas de los otros se oscureciese, ¿cuáles estarán las mismas tinieblas? Y si un ciego guiare á otro ciego, ¿qué se puede esperar sino caída de ambos?

IV. Pues la grandeza destos cuerpos es tal, que pone admiracion á quien la piensa, y del todo sería increíble si no supiesemos que no hay cosa imposible al que los crió.

V. Y no es ménos admirable, sino por ventura mucho mas, la lijereza con que se mueven: de las cuales cosas tratarémos adelante cuando viniéremos á las grandezas y maravillas de Dios.

VI. Pues la hermosura del cielo ¿quién la explicará? ¿Cuán agradable es en medio del verano, en una noche serena, ver la luna llena y tan clara que encubre con su claridad la de todas las estrellas? ¿Cuán mas huelgan los que caminan de noche por el estío con esta lumbre que con la del sol, aunque sea mayor? Mas estando ella ausente, ¿qué cosa mas hermosa, y que mas descubra la omnipotencia y hermosura del Criador, que el cielo estrellado con tanta variedad y muchedumbre de hermosísimas estrellas, unas muy grandes y resplandecientes, y otras pequeñas, y otras de mediana grandeza,

(*a*) Psalm. 135.

las cuales nadie puede contar sino solo aquel que las crió? Mas la costumbre de ver esto tantas veces, nos quita la admiración de tan grande hermosura, y el motivo que ella nos da para alabar aquel soberano pintor, que así supo hermosear aquella tan grande bóveda del cielo.

Si un niño naciese en una cárcel, y creciese en ella hasta edad de veinte y cinco años sin ver mas de lo que estaba dentro de aquellas paredes, y fuese hombre de entendimiento, la primera vez que salió de aquella oscuridad viese el cielo estrellado en una noche serena, ciertamente no podría este dejar de espantarse de tan grande ornamento y hermosura, y de tan gran número de estrellas que vería á cualquier parte que volviere los ojos, ó hácia oriente ó occidente, ó á la banda del norte ó del mediodía, ni podría dejar de decir: ¿Quién pudo esmaltar tan grandes cielos con tantas piedras preciosas, y con tantos diamantes tan resplandecientes? ¿Quién pudo criar tan gran número de lumbreras y lámparas para dar luz al mundo? ¿Quién pudo pintar una tan hermosa pradería con tantas diferencias de flores, sino algún hermosísimo y potentísimo hacedor? Maravillado desta obra un filósofo gentil, dijo: *Intuere cælum, et philosophare*; quiere decir: mira al cielo, y comienza á filosofar, que es decir: por la grande variedad y hermosura que ahí verás, conócete y contempla la sabiduría y omnipotencia del autor desta obra. Y no ménos sabía filosofar en esta materia el Profeta cuando decía (b): Veré, Señor, tus cielos que son obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste.

Y si es admirable la hermosura de las estrellas, no ménos lo es la eficacia que tienen en influir, y producir todas las cosas en este mundo inferior, y especialmente el sol, el cual así como se va desviando de nosotros, que es por la otoñada, todas las frescuras y arboledas pierden juntamente con la hoja su hermosura, hasta quedar desnudas, estériles, y como muertas. Y en dando la vuelta, y llegándose á nosotros, luego los campos se visten de otra librea, y los árboles se cubren de flores y hojas, y las aves, que hasta entónces estaban mudas, comienzan á cantar y chirriar, y las vides y los rosales descubren luego sus yemas y capullos, aparejándose para mostrar la hermosura que dentro de sí tienen encerrada. Finalmente es tanta la dependencia que este mundo tiene de las influencias del cielo, que por muy poco espacio que se impida algo dellas (como acaesce en los eclipses del sol y de la luna, y en los entrelunios), luego sentimos alteraciones y mudanzas en los cuerpos humanos, mayormente en los mas flacos y enfermos.

CAPITULO V.

Del sol, y de sus efectos y hermosura.

Dicho de los cielos en comun, síguese que digamos en particular de los planetas y estrellas que hay en ellos, y primero del mas noble que es el sol, en el cual hay tantas grandezas y maravillas que considerar, que preguntado un gran filósofo, por nombre Anaxágoras, para qué habia nacido en este mundo, respondió, que para ver el sol, pareciéndole que era bastante causa para esto contemplar lo que Dios obró en esta criatura, y lo que obra en este mundo por ella. Y con todo esto no adoraba este filósofo al sol, ni le tenia por Dios, como otras infinitas gentes, ántes dijo que era una gran piedra ó cuerpo material muy encendido y resplandeciente. Por

(b) Psalm. 8.

lo cual fué condenado en cierta pena por los atenienses, y fuera sentenciado á muerte si su grande amigo Pericles no le valiera.

Mas con ser esta estrella tan admirable, nadie se maravilla de las virtudes y propiedades que el Criador en ella puso; porque, como dice Séneca, la costumbre de ver correr las cosas de una misma manera, hace que no parezcan admirables por grandes que sean. Mas por el contrario, cualquier novedad que haya en ellas, aunque sea pequeña, hace que luego pongan todos los ojos en el cielo. El sol no tiene quien lo mire sino cuando se eclipsa, y nadie mira á la luna sino cuando la sombra de la tierra la oscurece. Mas cuánto mayor cosa es que el sol con la grandeza de su luz esconde todas las estrellas, y que con ser tanto mayor que la tierra, no la abrasa, sino templada la fuerza de su calor con sus mudanzas, haciéndolo en unos tiempos mayor, y en otros menor; y que no hinche de claridad la luna, ni tampoco la oscurece y eclipsa, sino cuando está en la parte contraria. Destas cosas nadie se maravilla cuando corren por su órden, mas cuando salen della, entónces nos maravillamos y preguntamos lo que aquello será. Tan natural cosa es á los hombres maravillarse mas de las cosas nuevas, que de las grandes. Hasta aquí son palabras de Séneca. Mas Sant Augustin (a) dice, que los hombres sabios no ménos sino mucho mas se maravillan de las cosas grandes que de las nuevas y desacostumbradas, porque tienen ojos para conócete la dignidad y excelencia dellas y estimarlas en lo que son.

I. Pues tornando al propósito entre las virtudes é influencias deste planeta, la mayor y mas general es que él influye luz y claridad en todos los otros planetas y estrellas que están derramadas por todo el cielo. Y como sea verdad que así ellos como ellas obren en este mundo sus efectos mediante la luz con que llegan de lo alto á lo bajo, y esta luz reciben del sol, síguese que él despues de Dios es la primera causa de todas las generaciones y corrupciones, y alteraciones, y mudanzas que hay en este mundo inferior. Y así decimos que él concurre en la generacion del hombre, por lo cual se dice comunmente que el sol y el hombre engendran al hombre. Y no solo engendra las cosas, mas él tambien, mediante el calor que influye en ellas, las hace crecer y levanta á lo alto. Por donde vemos espigar todas las hortalizas y crecer las mieses por el mes de mayo, cuando ya comienzan los calores á crecer.

II. El mismo levanta á lo alto los vapores mas subti-les de la mar, los cuales llegando á la media region del aire, que es frigidísima, se espesan y convierten en agua y riegan la tierra, y con esto produce ella todos los frutos y pastos que es el mantenimiento así de los hombres como de los brutos animales. De modo que della podemos decir que nos da pan, y vino, y carnes, y lanas, y frutas, y finalmente quasi todo lo necesario para el uso de la vida, porque todo esto nos da el agua.

III. El es el que con la variedad de sus movimientos nos señala los tiempos, que son dias y noches, meses y años; porque nasciendo en este nuestro hemisferio, hace dia, y poniéndose y desviándose de nuestros ojos, hace noche; y corriendo por cada uno de los doce signos del cielo, señala los meses (por detenerse por espacio de un mes en cada uno), y dando una perfecta vuelta al mundo por estos doce signos con su propio movimiento,

(a) De Civit. Dei, lib. 10, cap. 12.

señala los años. Porque una vuelta destas suyas hace un año.

IV. El mismo es el que allegándose ó desviándose de nosotros es causa de las cuatro diferencias de tiempos que hay en el año, que son invierno, verano, estío y otoño; los cuales ordenó la divina Providencia por medio deste planeta, así para la salud de nuestros cuerpos, como para la procreacion de los fructos de la tierra, con que ellos se sustentan. Y cuanto á lo que toca á la salud, es de saber, que así como nuestros cuerpos están compuestos de cuatro elementos, así tienen las cuatro cualidades dellos: que son frio y calor, humedad y sequedad, á las cuales corresponden los cuatro humores que se hallan en estos cuerpos. Porque á la frialdad corresponde la flema, á la humedad la sangre, al calor la cólera, y á la sequedad la melancolía. Pues como aquel supremo gobernador vió que la salud de nuestros cuerpos consiste en el temperamento y proporcion de estos cuatro humores, y la enfermedad cuando se destemplan creciendo ó menguando los unos sobre los otros, de tal manera ordenó estos cuatro tiempos, que cada uno destes cuatro humores tuviese sus tres meses proporcionados en el año, en que se reformase y rehiciese. Y así para la flema sirven los tres meses del invierno, que son frios como ella. Y para la sangre los tres del verano, que son templados como ella; y para la cólera los tres del estío, que son calientes como ella; y para la melancolía los tres del otoño, que son secos como ella lo es: y así en estos cuatro tiempos reina y predomina cada uno destes cuatro humores: y así teniendo igualmente repartidos los tiempos y las fuerzas, se conservan en paz sin tener uno invidia del otro (pues con tanta igualdad se les reparten los tiempos), y así ninguno prevalezca contra el otro, ni presuma destruirlo, viendo que tiene iguales fuerzas, y igual tiempo de su parte para rehacerse, que él.

Y no ménos sirve maravillosamente esta mudanza de tiempos, para lo segundo que dijimos, que es para la procreacion de los fructos y pastos de la tierra, con que estos cuerpos han de ser alimentados. Porque en el tiempo de la otoñada se acaban de recoger los fructos que el estío con su calor maduró; y con las primeras aguas que entónces vienen, comienza el labrador á romper la tierra, y hacer sus sementeras. Y para que los sembrados echen hondas raíces en la tierra, y crezcan con fundamento, se síguen muy á propósito los frios del invierno, donde las plantas, huyendo del aire frio, se recogen para dentro; y así emplean toda su virtud en echar sus raíces mas hondas, para que despues tanto mas seguramente crezcan, cuanto mas arraigadas estuvieren en la tierra. Esto hecho, para que de ahí adelante crezcan, succede el verano, el cual con la virtud de su calor las hace crecer, y sube á lo alto, al cual succede el ardor del estío que las madura, desecando con la fuerza de su calor y sequedad toda la frialdad y humedad que tienen; y con esto maduran.

Destá manera acabado el curso de un año, queda hecha provision de mantenimiento, así para el hombre, como para los animales que le han de servir. De modo que como los señores que tienen criados y familia, suelen diputar un cierto salario cada año para su mantenimiento, así aquel gran Señor (cuya familia es todo este mundo), con la revolucion del sol, que se hace en un año, y con estas cuatro diferencias de tiempo, provee cada

año de mantenimiento y de todo lo necesario para esta su gran casa y familia; y esto hecho manda luego al sol que vuelva á andar otra vez por los mismos pasos contados, para hacer otra nueva provision para el año siguiente.

V. Y porque todos los hombres y animales están sujetos á la muerte, y si no se reparasen las especies con sus individuos, se acabaria el mundo, cada año lo repara el Criador por el ministerio desta misma estrella; porque con la vuelta que ella da hácia nosotros en llegando á la primavera, cuando los árboles parece que resuscitan, tambien se puebla el mundo de otra nueva generacion, y de otros nuevos moradores; porque en ese tiempo se crian nuevos animales en la tierra, nuevos peces en el agua, y nuevas aves en el aire. Y desta manera aquel divino presidente sustenta y gobierna este mundo, acrescentando cada año su familia, y proveyendo pasto y mantenimiento para ella. ¿Pues quién, viendo la orden desta divina Providencia, no exclamará con el Profeta diciendo: Cuán engrandecidas son vuestras obras (b), Señor? Todas están hechas con summa sabiduría: llena está la tierra de vuestras riquezas.

§. I.

Providencia especial del Criador en este planeta para el órden de los tiempos, y otras excelencias suyas.

VI. Ni es para dejar de notar la órden con que estos cuatro tiempos suceden unos á otros, de que el mismo sol con su ordenado movimiento es causa. Porque como los extremos dellos sean invierno y estío, si despues del invierno se signiera luego el ardor del estío, no pudieran dejar de recibir daño los cuerpos; porque la naturaleza no sufre extremadas mudanzas. Pues por esto ordenó el Criador, que de tal manera se moviese el sol, que fuese causa de entremeterse otros tiempos mas templados en medio. Y así entre el frio del invierno y el ardor del estío se entremete el verano en medio, que tiene parte de los dos extremos por ser húmido y caliente; y así pasa el hombre del un extremo al otro sin peligro. Y el mismo inconveniente se siguiera, si despues del ardor del estío sucediese luego el frio del invierno. Y por eso se atraviesa de por medio el otoño, para que poco á poco se vaya el cuerpo disponiendo para los frios del invierno.

VII. El mismo sol con su presencia y ausencia reparte el tiempo en dias y noches, y todo para nuestro provecho. Porque si siempre fuera dia, no se conocieran las edades de los hombres y la cuenta de los tiempos. Mas agora hacemos un dia del dia y de la noche, y de siete dias y noches una semana, y en poco mas de cuatro semanas está el sol en uno de los doce signos, y estos andados se hace el año solar. Y no es ménos provechosa la desigualdad proporcionada de los dias y de las noches para los fructos de la tierra. Porque las noches grandes y dias pequeños del invierno sirven para que las plantas arraiguen mucho con el frio de la noche larga (segun dijimos) y crezcan poco con el poco calor del dia breve. Mas cuando ya es tiempo que crezca lo que está bien arraigado, acórtanse las noches, y crecen los dias, para que con el calor mayor de los dias mayores vayan poco á poco creciendo y medrando las plantas. Y desta manera los dias y las noches se conciertan como dos hermanas para servir al hombre, y viven en paz, restituyendo cada cual el espacio mayor que tomó en un tiempo, disminu-

(b) Psalm. 105.

yéndolo en otro, conservando igualdad en el todo, entre la desigualdad en las partes.

Y aunque el día sea de mayor provecho para los ejercicios y uso de la vida humana, mas tampoco carece la noche de sus frutos. Porque con la templanza y roscío de la noche se refrescan los sembrados y las plantas en los días calurosos y grandes. En la noche descansan los cuerpos de los hombres, y de los animales, cansados de los trabajos del día. En la noche cesando el uso de los sentidos, se recoge el calor natural para entender en el cocimiento y digestión del manjar, y repartirlo por todos los miembros, dando á cada uno su ración. La noche tambien desperte los ejércitos sangrientos, y cesa el enemigo de seguir el alcance de su contrario. En la noche salen de sus cuevas las bestias brayas á buscar de comer. Por lo cual el Profeta alaba á la divina Providencia diciendo en el Salmo (c): Pusiste, Señor, tinieblas, y hízose la noche, en la cual salen las bestias de las montañas, y los cachorros de los leones bramando, y pidiendo á Dios que les dé de comer. Mas saliendo por la mañana el sol, vuélvense á recoger, y enciérranse en sus cuevas y madrigueras. La noche es el tiempo mas conveniente para recogerse tambien el hombre, y dar pasto á su ánima, en la cual libre de los cuidados y negocios del día, pueda vacar en silencio á Dios, y cantar sus alabanzas, como dice el Profeta (d). En el día reparte Dios sus misericordias, y en la noche pide sus loores. A los cuales convida el mismo Profeta mas en particular á los que moran en la casa del Señor (e), diciendo, que en la noche levanten sus manos á cosas sanctas, y bendigan al Señor. Y no se salia él afuera de lo que á otros aconsejaba, aunque era rey, y tan ocupado (f), cuando dice se levantaba á la media noche á alabar á Dios. A este mismo oficio nos convida tambien Hieremías por estas palabras (g): Levántate de noche al principio de las vigiliás, y derrama como agua tu corazón delante de Dios. Esto es, representale todas las necesidades que sientes en tu ánima, y pide remedio para ellas al Señor. En este mismo tiempo levantaba su espíritu á Dios el profeta Esaiás, como él lo declara, cuando hablando con él dice (h): Mi ánima, Señor, te deseó en la noche, y con mi espíritu y con mis entrañas en la mañana velaré á tí. En la noche clara y serena despierta el corazón humilde su devoción, mirando la hermosura de la luna clara, y en ausencia della la de todas las estrellas, que callando y centelleando, predicán la hermosura de su Criador, y con la diversidad de su claridad nos enseñan la variedad de la gloria, y hermosura de los cuerpos gloriosos, que se verá el día de la resurrección general, como el Apóstol dice (i).

Pues todas estas cosas, y muchas otras que llamamos, obra esta hermosísima y resplandeciente lámpara, de mas de dar lumbrera á todo cuanto Dios tiene criado en los cielos y en la tierra, y junto con esto dar calor á todo el mundo, sin que haya quien se pueda esconder del. Pues ¿qué mano fuera poderosa para pintar y esclarecer un tan hermoso espejo, una tal lumbrera, tal lámpara, tal antorcha, que bastase para alumbrar á todo el mundo? Por lo cual con mucha razón lo llama Sant Ambrosio (k) ojo del mundo; pues sin él todo el mundo estaria ciego; mas por él todas las cosas nos descubren sus figuras.

(c) Psalm. 103. (d) Psalm. 41. (e) Psalm. 133. (f) Psalm. 118. (g) Tren. 2. (h) Esai. 26. (i) Cor. 15. (k) Libr. de Noe, et Arca, cap. 7, tom. 1.

VIII. Finalmente, tales son las propiedades y excelencias desta estrella, que con no ser las criaturas, como dicen, mas que una pequeña sombra, ó huella del Criador (porque solo el hombre y el ángel se llaman imágenes de Dios), todavia entre las criaturas corporales, la que mas representa la hermosura y omnipotencia del Criador en muchas cosas es el sol.

I. Y la primera que con ser una estrella sola produce de sí tan grande luz, que alumbrá todo cuanto Dios tiene criado dende el cielo hasta la tierra, de tal manera, que aun estando en el otro hemisferio debajo de nosotros da luz á todas las estrellas del cielo. Y su virtud es tan grande que penetra hasta las entrañas de la tierra, donde cria el oro, y las piedras preciosas, y otras muchas cosas. Lo cual nos servirá para que en alguna manera entendamos cómo Dios nuestro Señor con su presencia y esencia hinche cielo y tierra, y obra todas las cosas; pues fué poderoso para dar virtud á una criatura corporal, para que de la manera susodicha extendiese su luz y su eficacia por todo el universo. II. Así que el sol alumbrá este mundo; y de su Criador dice Sant Juan (l), que alumbrá todo hombre que nasce en este mundo. III. El sol es la criatura de cuantas hay mas visible, y la que ménos se puede ver por la grandeza de su resplandor, y flaqueza de nuestra vista; y Dios es la cosa mas inteligible de cuantas hay en el mundo, y la que ménos se entiende por la alteza de su sér, y bajeza de nuestro entendimiento. IV. El sol es entre las criaturas corporales la mas comunicativa de su luz, y de su calor, tanto, que si le cerrais la puerta para defenderos del, él se os entra por los resquicios della á comunicaros el beneficio de su luz. Pues ¿qué cosa mas semejante á aquella infinita bondad, que tan copiosamente comunica sus riquezas á todas las criaturas, haciéndolas, como dice Sant Dionisio, cuanto sufre su naturaleza, semejantes á sí, y buscando muchas veces á los que huyen del? V. De la claridad grande del sol reciben claridad y virtud para obrar todas las estrellas, y de la plenitud y abundancia de la gracia de Cristo nuestro salvador (m), reciben luz y virtud para hacer buenas obras todos los justos. VI. El sol produce cuantas cosas corporales hay en este mundo; y aquel soberano gobernador, así como todo lo hinche, así todo lo obra en los cielos y en la tierra, y así concurre con todas las causas, dende la mayor hasta la menor, como primera causa, en todas sus operaciones. VII. Finalmente la presencia del sol es causa de la luz, y la ausencia es causa de las tinieblas; y la presencia de Cristo en las ánimas las alumbrá, y enseña, y muestra el camino del cielo, y descubre los barrancos de que se han de apartar; mas estando él ausente dellas, quedan en muy oscuras y espesas tinieblas, y así tropiezan y caen en mil despeñaderos de pecados, sin saber lo que hacen, ni á quién ofenden, y en cuán gran peligro de su salvación viven los que así viven.

En todas estas cosas nos representa esta noble criatura las excelencias de su Criador. De lo cual maravillado aquel divino cantor (n), despues de haber dicho, que los cielos y las estrellas predicaban la gloria de Dios, descendiendo luego á tratar en particular del sol, comparando su hermosura con la de un esposo que sale del tálamo; y la fortaleza y alegría y lijereza del cielo, y corre hasta el cabo del. El cual verso declara un intérprete por estas

(l) Joann. 1. (m) Joann. 1. (n) Psal. 18.

palabras: Despues que haya rodeado con los ojos y con el ánimo todas las cosas, hallarás que ninguna hay tan esclarecida, y que tanta admiración ponga á los hombres como el sol: el cual es gobernador de todas las estrellas, y conservación y salud de todas las cosas corporales. Y allende desto, ¿qué figura mas alegre y hermosa se puede ofrecer á nuestros ojos, que la del sol cuando sale por la mañana? El cual con la claridad de su resplandor hace huir las tinieblas, y da su color y figura á todas las cosas, y con ella alegra los cielos, y la tierra, y la mar, y los ojos de todos los animales. De modo que podemos comparar su hermosura á la de un lindísimo esposo, y su fuerza á ímpetu á un gigante. Porque con tanta lijereza se revuelve de oriente á occidente, y de ahí á la otra parte del cielo, que con una revolución hace día y noche; unas veces mostrándonos dende lo alto sus clarísimos y resplandecientes rayos, y otras escondiéndose de nuestros ojos, y ocupando todas las regiones del aire, sin haber lugar adonde no lleque su claridad. Porque esta estrella rodea con sus clarísimas llamas todas las obras de la tierra, dando al mundo un saludable calor de vida, con que sustenta y hace crecer todas las cosas. Mas ya dejemos al sol, y vengamos á su compañera la luna.

§. II.

De la luna y estrellas.

La luna es como vicaria del sol: á la cual está comitada por el Criador la providencia de la luz en ausencia del sol; porque estando él ausente, y acudiendo á otras regiones á comunicar el beneficio de su luz, no quedase el mundo á oscuras. Y así él mismo es el que la provee de luz para este ministerio, tanto mayor, cuanto ella lo mira mas de lleno en lleno. Tiene este planeta entre otras propiedades notable señorío sobre todas las aguas y sobre todos los cuerpos húmidos; y señaladamente tiene tan grande jurisdicción sobre la mar, que como á criado familiar la trae en pos de sí: y así subiendo ella, cresce; y abajándose ella, se abaja. Porque como se dice de la piedra imán, que trae al hierro en pos de sí, así á este planeta dió el Criador esta virtud, que atraiga y llame para sí la mar, y siga el movimiento della. De suerte que este planeta tiene unas como riendas en la mano, con que se apodera deste tan grande elemento, y lo rige y trae á su mandar. De aquí nascen las mareas que andan con el movimiento de la luna, y que sirven para las navegaciones de un lugar á otro cuando falta el viento, y para los molinos de la mar que se hacen con ellas; y sobre todo, con este movimiento se purifican las aguas, las cuales no carecieran de mal olor, y mal mantenimiento para los peces, si estuvieran como en una laguna encharcadas sin moverse. Mas no solo en la mar, sino tambien en todas las cosas húmidas tiene especial señorío. Y así vemos con la creciente della crescer la humedad de los árboles y de los mariscos, y menguar con la menguante. Pues ya las alteraciones que este planeta causa en los cuerpos humanos (mayormente en los enfermos), en sus plenilunios y novilunios, y en sus eclipses; cuando se impide un poco de su luz con la sombra de la tierra, todos lo experimentamos. Lo que aquí es mas para considerar, es la virtud y poder admirable que el Criador dió á este planeta, el cual estando tantas mil leguas apartado de nosotros, por virtud de aquella luz que recibe emprestada del sol, obra tantos efectos y mudanzas en la tierra, que así como ella se va mudando,

así vaya mudando consigo todas estas cosas con tan gran señorío, que un poquito que se menoscabe su luz en un eclipse, lo haya luego de sentir la tierra. Pues qué sería si del todo nos faltase este planeta.

Despues de la luna se siguen las estrellas: de cuyo ornamento y hermosura ya dijimos. Mas ¿qué dijimos de hermosura tan grande? Pues el número y las virtudes é influencias dellas ¿quién las explicará, sino solo aquel Señor de quien dice David (o), que solo él cuenta la muchedumbre de las estrellas, y llama á cada una por su nombre? En lo cual primeramente declara la obediencia que estas clarísimas lumbreras tienen á su Criador (p): el cual llama las cosas que no son como si fuesen, dando sér á las que no lo tienen. Y desta obediencia dice el Profeta (q): Las estrellas estuvieron en los lugares y estancias que el Criador les señaló; y siendo por él llamadas, le obedecieron y respondieron: Aquí estamos, Señor; y resplandecieron con alegría en servicio del Señor que las crió. Decir tambien el Profeta (r), que llama á cada una por su nombre, es decir, que él solo sabe las propiedades y naturaleza dellas, y conforme á esto les puso los nombres acomodados á estas propiedades. Desto pues que está reservado á la sabiduría divina, no puede hablar la lengua humana. Mas entre otros usos y provechos de las estrellas, sirven tambien como los padrones de los caminos á los que navegan por la mar. Porque careciendo en las aguas de señales por donde enderecen los pasos de su navegación, ponen los ojos en el cielo, y allí hallan señales en las estrellas (mayormente en la que está fija en el norte, que nunca se muda), para tomar la regla cierta de su camino.

CAPITULO VI.

De los cuatro elementos ó region elemental.

Mas ya es tiempo que descendamos del cielo á este mundo mas bajo, donde residen los cuatro elementos, que son, tierra, agua, aire y fuego: los cuales (como ya dijimos) son la materia en que los cielos emplean la eficacia de su virtud, obrando en ellos, y engendrando y componiendo dellos todas las cosas corporales. Donde primero se nos ofrece el lugar y el sitio en que el Criador los asentó por tal orden y compas, que siendo entre sí contrarios, tengan paz y concordia; y no solo no perturbén el mundo, mas ántes lo conserven y sustenten. Para esto ordenó él que cada uno de los elementos tuviese una cualidad conforme á la de su vecino; y con este linaje de alianza y parentesco puso paz y concordia entre ellos. Porque la tierra (que es el mas bajo de los elementos) es seca y fria; y el agua es fria y húmida; y el aire es húmido y caliente; y el fuego es caliente y seco, y desta manera se traban y dan la mano unos elementos á otros, y hacen una como danza de espadas, continuándose amigablemente por esta forma los unos con los otros.

Y para mayor conservación desta paz, de tal manera templó el Criador las propiedades dellos, que el que es muy poderoso para obrar, fuese flaco para resistir; y por el contrario, el que es fuerte para resistir, fuese flaco para obrar. Esto vemos en el fuego: el cual siendo tan activo, y tan abrasador de lo que halla, no tiene fuerza para resistir á un poco de agua, con la cual cesa todo aquel su furor. Porque á ser fuerte en lo uno y en lo otro, abrasara todo el mundo, y no hubiera quien

(o) Psal. 146. (p) Rom. 4. (q) Bar. 3. (r) Psal. 146.

prevalciera contra él. Mas por el contrario la tierra no tiene fuerza para obrar, mas tiénela para resistir; porque ni fuego, ni agua, ni aire basta para corromperla, y mudarla en otra substancia, como vemos inflamarse el aire con el fuego vecino, y convertirse en fuego. Desta manera igualó el Criador las fuerzas destes cuatro cuerpos simples, recompensando por una parte lo que quitaba ó añadía por otra.

Dió tambien otra cosa á estos cuatro cuerpos, que es una grande inclinacion é impetu de correr á sus lugares naturales, porque en ellos se conservan como en su propio lugar y centro, y fuera dél recibirian agravio de otros cuerpos contrarios. Y así vemos que el aire encerrado en las concavidades de la tierra, la hace estremecer por hallar salida para su lugar natural. Y no es menor el impetu del fuego. Y demas desto, estando fuera destes sus lugares, perturbarian la órden del universo, tomando unos cuerpos el lugar de otros. Y para esta misma conservacion les dió otra inclinacion de juntarse unas partes con otras, cuando las dividimos; excepto la tierra que por ser el mas imperfecto de los elementos, carece deste movimiento. Mas el agua y el aire, si los divides, luego se juntan, porque mejor se conservan juntos que apartados.

Y esta inclinacion natural dió el Criador á todas las cosas, por pequeñas é insensibles que sean, que es procurar su conservacion. ¿Qué cosa mas pequeña que una gota de agua? Pues si esta cae sobre el polvo, luego se recoge y reconcentra dentro de sí, y se hace redonda, porque así está mas léjos de secarse, que si estuviese derramada y extendida. El aceite otrosí, echado con el agua, ó se levanta sobre ella, ó se muda todo en unos pequeños ojos, por no perder su sér siendo incorporado ó empapado en el agua. La sal echada en el fuego salta y huye dél, como de su contrario; porque ella es de la naturaleza del agua de que se formó, que es enemiga del fuego. Los árboles, cuando están muy asombrados, crescen mas, y suben á lo alto á buscar el sol que los cria; y asimismo las raíces dellos si tienen cerca el agua, se extienden hácia ella, buscando allí su mantenimiento y frescura. De modo que á todas las criaturas proveyó el Criador de inclinaciones, que las llevan á buscar lo que les es provechoso, y huir lo contrario, para que así se conserven en el sér que él les dió.

CAPITULO VII.

Del elemento del aire.

Descendiendo á tratar en particular de cada uno de los elementos, comenzaremos por el aire, cuyos beneficios son muchos. Porque primeramente con él respiran los hombres, y las aves, y los animales que andan sobre la tierra, recibiendo en todo tiempo, así velando como durmiendo, este refrigerio con que refrescan y templan el ardor del corazon (que es un miembro calidísimo) para que no se ahogue con la abundancia de su calor. El aire tambien es medio, por el cual la luz del sol y de las estrellas, y con ella sus influencias, pasan y llegan á nosotros, sin lo cual no lo pudieran hacer; porque así la luz como las influencias son accidentes, los cuales no pueden estar sin subjecto que los sustente. Y demas desto el mismo aire, poniéndose de por medio entre nosotros y el sol, templá su calor, para que sin molestia podamos gozar de sus beneficios.

Mas aquí es de notar, que la divina Providencia divi-

dió el aire en tres regiones principales para el uso de las cosas que aquí declararemos. La primera y mas alta parte, dél, está junto al elemento del fuego; y por eso es calidísima conforme á la calidad de su vecino. La mas baja, que está junto á la tierra y al agua, es templada; mas no deja de tener (mayormente en algunos tiempos) calor por razon de la reflexion de los rayos del sol que hieren la tierra. Mas la parte del aire que está en medio destes dos extremos, es frigidísima; porque huyendo destes dos extremos, se recoge y reconcentra dentro de sí misma, y así está mas fria, como lo vemos en las aguas de los pozos, que así como en el invierno están calientes, porque huyen del frio, así en el estío están frias, porque se recogen hácia dentro huyendo del calor. Lo cual declaró la maravillosa providencia del Criador; porque esto sirve para engendrarse allí las heladas, y el rocío de la mañana, con que se sustentan y mantienen las plantas en los tiempos secos, y las nieves, que hacen las tierras fértiles y abundosas. Por donde solemos decir, año de nieves, año de bienes. Porque así ellas como tambien las heladas, detienen como con la mano las plantas, para que no suban á lo alto; porque empleen toda su virtud en lo bajo, arraigándose mas en la tierra, para que á su tiempo crezcan con tanto mayor fruto, cuanto tuvieren en las raíces mayor fundamento.

Aquí tambien se engendran las aguas lluvias. Porque el sol, mediante su calor, levanta los mas sutiles vapores de la mar (como ya dijimos), los cuales como sean sutiles, y de la condicion del aire, fácilmente suben á lo alto, y llegando á esta media region del aire, que es (segun dijimos) fria, espésanse y apriétanse con el frio, y así se mudan en agua, la cual como es mas pesada, descende á lo bajo resolviéndose en agua lluvia. La experiencia desto vemos en los alambiques, en que se distilan las rosas y otras yerbas: donde la fuerza del calor del fuego saca la humedad de las yerbas que se distilan, y las resuelve en vapores, y hace subir á lo alto, donde no pudiendo subir mas, se juntan, y espesan, y convierten en agua: la cual con su natural peso corre luego para abajo, y así se distila. De donde procede lo que refiere Sant Basilio, que cuando falta agua á los marineros, cuecen un poco del agua salada de la mar, y ponen encima una esponja, que reciba los vapores de aquel agua; los cuales despues se convierten en agua dulce, con que algun tanto refrigeran la sed. Desta manera el arte imita la naturaleza, como lo hace en todas las otras cosas.

Y no es menor materia de alabanza, ver de la manera que el Criador ordenó que el agua lluvia cayese de lo alto. Porque si todos los ingenios de los hombres se pusieran á pensar de qué manera caería esta agua para regar la tierra, no pudieran atinar en otra mas conveniente que esta. Porque parece que viene colada por la tela de un cedazo, repartiéndose igualmente por todas partes, y penetrando las entrañas de la tierra, para dar mantenimiento á las plantas, que con ella se sustentan, refrescando por defuera las hojas y fruta de los árboles, lo cual no hace el agua de regadío. Esta es aquella maravilla que entre otras se atribuye á Dios: de quien se escribe en el libro del Sancto Job (a), que es el que prende y ata las aguas en las nubes, de tal manera, que no caigan de lleno en lleno sobre la tierra. Y lo mismo escribe Moysen alabando la tierra de promision por estas

(a) Job, 26.

palabras (b): La tierra que vais á poseer, no es como la de Egipto, que á manera de las huertas se riega con agua de pié. Porque sobre esta nuestra tierra están puestos los ojos del Señor desde el principio del año hasta el fin, para enviarle agua y rocío del cielo. El cual beneficio canta el Profeta real en el salmo 146, diciendo: El Señor es el que cubre el cielo de nubes, y por medio dellas envía agua sobre la tierra. Y esto con tanta largueza que, como se escribe en Job (c), no sólo riega los sembrados y tierras de labor, sino tambien los desiertos y tierras sin camino, para que produzgan yerbas frescas y verdes.

§. UNICO.

De cuán grande sea este beneficio del agua, y de la necesidad y utilidad de los vientos.

Mas cuán grande sea este beneficio del agua que llueve ¿quién lo explicará? porque quien esto mirare con atencion, verá, que todo lo que es necesario para la vida humana, provee el Criador por este medio. Por aquí nos da el pan, el vino, el aceite, las frutas, las legumbres, las yerbas medicinales, el pasto para los ganados, y con ellos las carnes, la lana y las pieles dellos para nuestro vestido y calzado. Lo cual no calló el Profeta (d) cuando dijo, que el Señor producía en los montes heno y yerba, para servicio de los hombres. Y dice de los hombres, siendo este manjar de animales; porque estos (como vemos) sirven de muchas maneras á los hombres. Finalmente son tantos los bienes que por esta agua recibimos, que uno de aquellos siete sabios de Grecia, por nombre Tháles, vino á decir, que el agua era la materia de que todas las cosas se componian, viendo que el agua es la que cria todos los frutos de la tierra; y que no solamente los pescos de la mar, sino tambien los hombres, con todos los otros animales se mantenian dellos.

Y por ser este beneficio tan grande y tan universal, tomó el Criador las llaves dél, y reservó para sí el repartimiento destas aguas, para dar por ellas mantenimiento á sus fieles siervos, y castigar á los rebeldes, privándolos deste beneficio. Y así se escribe en Job (e), que por esta via juzga Dios los pueblos (castigándolos con hambre) y da de comer á muchos de los mortales. Y así promete Dios á los fieles guardadores de su ley en el Levítico (f) que les enviará el agua lluvia á sus tiempos, con que la tierra y los árboles den fruto copioso para su mantenimiento. Y por el contrario á los quebrantadores della amenaza, que les hará el cielo de metal, y la tierra que hollaren de hierro, y que en lugar de agua les dará polvo para consumillos de hambre. Y no solo pecados, sino tambien desagradescimiento deste beneficio suele ser causa de perderlo. De lo cual se queja Dios por Hieremías por estas palabras (g): Y no dijeron los hombres, honremos á Dios, que nos envía de lo alto el agua temprana y la tardía, y nos da cada año copiosas mieses para mantenernos. Ciertó es mucho para sentir, que siendo este tan grande beneficio del Criador, haya tan pocos que le reconozcan, y le den gracias, y sirvan por él: con el cual nos da todas las cosas, y sin el cual no podríamos vivir. Y desto nos debria avisar que vemos venir el agua de lo alto, para entender, que el Criador nos la envía del cielo. Pues qué es esto, sino imitar los hombres de

(b) Deut. 11. (c) Job. 5. (d) Psal. 146. (e) Job. 56. (f) Levit. 26. (g) Hierem. 5.

razon á las bestias que carecen della, las cuales recibiendo el pasto y mantenimiento con que se sustentan, ni reconocen al dador, ni le dan gracias por él.

Otro beneficio de la divina Providencia son los vientos: los cuales, ó son aire, ó son muy semejantes á él. El cual beneficio no calló el Profeta (h), cuando dijo, que el Señor producía y sacaba los vientos de sus tesoros. Entendiendo por tesoros, las riquezas de su providencia: la cual ordenó, que hubiese vientos para el uso y provision de la vida humana. Porque primeramente los vientos llevan las nubes, y las aguas que están en ellas, como se escribe en Job (i), adonde el gobernador del mundo las quiere enviar. Y así vemos que en España llueve con el viento ábrego, el cual pasando por la mar, trae consigo las nubes á esta region. Mas por el contrario, en Africa llueve con el cierzo que sopla de la banda del norte, y pasando tambien por el mismo mar, lleva las nubes (que son como aguaderas de Dios) á aquella tierra. Pues ya, ¿qué sería de la navegacion y comercio con las islas, y con las otras gentes, si faltasen los vientos, y el aire estuviese siempre encalmado? Pues con este socorro tan deseado de los navegantes, corremos en breve espacio hasta los fines de la tierra, llevando las mercaderías que en una parte sobran y en otra faltan, y trayendo dellas lo que á nosotros falta, y á ellos sobra; y desta manera se hacen todas las cosas comunes, y todas las tierras abastadas; y finalmente, de todo el mundo hacemos una comun plaza, y una ciudad que sirve á todos. Y lo que mas es, por medio de los vientos ha corrido la fe, y el conocimiento del Criador á las partes de Oriente y Occidente, y á todas las otras regiones, que es la mejor mercadería que de unas partes á otras se puede llevar. Y no ménos resplandesce la divina Providencia en el curso de los vientos; porque sabemos, que en las Indias Orientales en cierto tiempo del año cursan unos vientos, que sirven para navegar con ellos á ciertas partes, y en otro cursan otros, que son para volver dellas; y esto tan ordinario, que nunca faltan estas que llaman monciones para estos caminos, las cuales la divina Providencia ordenó para el servicio y uso de los hombres, haciendo que los vientos, como criados dellos, los lleven y traigan como en los hombros á los lugares deseados. Y con ser esto así, ¿cuán pocos hay que reconozcan este beneficio, y le den gracias por él?

Sirven otrosí los vientos (como dice Séneca) para purificar el aire, y sacudir dél cualquier corrupcion, ó mala cualidad que se le haya pegado. De lo cual tienen experiencia los que se acordaron de una gran pestilencia que hubo en la ciudad de Lisboa, y en algunos otros lugares del reino de Portugal, el año de 1570. La cual cesó con un recísimo y desacostumbrado viento, con el cual creció la mar tanto, que cubrió las fuentes que estaban junto á ella, y de dulces las hizo salobres por algunos dias. El cual viento llevó tras sí el aire corrupto, que era la causa de aquella peste. Y por esto dice el mismo autor, que quiso la divina Providencia, que de todas las partes del mundo se levantasen vientos, para que en todas ellas tuviese el aire quien le purificase y ejercitase: tan necesario es el ejercicio y trabajo para todas las cosas. Sirven tambien los vientos, para que el labrador pueda aventar la parva, y limpiar el grano de polvo y de paja; y no ménos en la fuerza del estío, cuando abahamos con el calor grande, hace el Criador que se levante

(h) Psal. 154. (i) Job. 37.